

TERESA MESCHIATTI
("TINA")

"Aquí está la clave de colores para el gráfico. Haga uno bien prolijo, para que tiremos las copias de ahí."

Contemplo el gráfico. Tiene unas veinte columnas, muy delgadas.

Bueno, será cuestión de ir despacio. Tomo el primer lápiz fibra y comienzo. ¡Malas noticias!, el papel es de trama abierta, y la tinta se corre. Miro la manchita que se expande sin que yo pueda impedirlo. Menos mal que empecé lejos del borde. Son las 17:15.

Recomienzo con la delicadeza y la tensión de un desactivador de bombas. Espero que el acto en el San Martín elegido como punto de encuentro sea suficientemente largo y pueda encontrarme con Tina al final ¿Y si al no encontrarnos a las siete, se va? Columna cuatro. Amarillo ocre. Mejor no pienso.

19:40 entro a la Sala E pidiendo permiso y sorteando la gente amontonada. Un orador de la mesa redonda está hablando ya. No le presto atención. Apoyada contra una columna reviso, uno por uno, los rostros de las mujeres presentes. ¿Cómo será Tina?

Trato, sin éxito, de "sincronizar" la voz que escuché en esos casetes que fui recibiendo del exterior con alguno de los rostros que distingo en la semipenumbra de la sala. Miro hacia la mesa de invitados. No todo está perdido. El que va a presentarnos toma notas sentado en uno de los extremos.

Cuando los aplausos terminan corro hacia la mesa, pero otros llegan antes. Espero mi turno mientras la inquietud crece porque no veo acercarse a ninguna mujer.

—¿Está Tina?

Mi amigo sonrío y señala detrás de mí.

Me doy vuelta.

El verdadero nombre de Tina es Teresa Meschiatti. Para ella no hubo bares, ni citas arregladas cada vez, ni el estímulo de la discusión, sólo casetes que llegaron espaciadamente a mi domicilio, en los que partiendo de un cuestionario que le envié, desgranó sus recuerdos. En la grabación su voz subía y bajaba, a veces, hasta hacerse casi inaudible. También se oían ruidos familiares, una radio, largos silencios y, a veces, el inconfundible acento de un sollozo o un suspiro.

Yo estoy segura de que para ella fue duro grabarlos. No sé si ella imaginará lo duro que fue para mí escucharlos a tantos kilómetros de distancia.

LA INICIACIÓN

Vivo en Suiza y fui militante del peronismo montonero. No estoy de acuerdo con el término "guerrillera" porque está ligado a un problema de armas. No es la única práctica que tuve en nueve años de militancia. Prefiero la palabra "militante", porque da una idea más completa y acabada de todas las actividades que una persona puede hacer dentro de una organización revolucionaria. "Militante" tiene además una proyección de continuidad en el tiempo. Aunque ya no pertenezca a una organización, ni haga tareas de guerrillera, me considero militante haciendo denuncias.

La lucha armada no es como un colectivo que pasa, y que uno lo espera.

Quizá sea un poco al revés, es decir, hay una situación revolucionaria, de auge de las masas, y uno puede sentir un llamado a participar en eso, o quedarse afuera. En la Argentina fue masivo el despertar de los jóvenes para meterse, al menos, en la ebullición. Hay un poema que dice: "afuera la patria está por reventar, afuera me están llamando y voy...". A mí me pasó lo mismo.

Yo nací en el tiempo justo. Tuve mi infancia en la época de Perón, mi adolescencia y mi primera juventud en épocas de Illia. Después vino lo que fue la liberación de Cuba y el Cordobazo. Viví en un barrio peronista, en una casa que nos dio Evita. Fuimos con mamá a la cancha de River, ella le entregó una carta y nos dio una casa hermosa, sin ser, ni mi madre ni mi padre, militantes peronistas. Ella era obrera en Pirelli y hacía guantes, y para fabricar esos guantes se utilizaba talco. El talco se pegaba en la nariz y en la boca, y nadie, nadie más que Perón les dio la posibilidad de hacer una media hora de pausa para sentarse y tomar un vaso de leche. Ese sentimiento de agradecimiento es el que los llevó, junto con muchos otros, a la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945 para pedir la libertad de Perón, que estaba preso.

Hice la escuela secundaria en un período cercano a los '59/'60. En esa época primaba en mí la idea del "hombre nuevo", y me puse a trabajar en las villas de emergencia del Bajo Flores, dictando clases a los chicos en iglesias que facilitaba EMAUS.

Esa década del '60 al '70 es una década rica, plena de acontecimientos. Es la revolución cubana, la penetración imperialista en Santo Domingo, es Medellín, curas obreros como Camilo Torres, que toma las armas y se va a la montaña a luchar por el pueblo. La muerte del Che en Bolivia, y en la Argentina, Onganía y Alvaro Alsogaray con su pasar el invierno, el Cordobazo... Son muchos sucesos que, unidos, permiten a toda una generación ponerse alerta y luchar por la liberación de la patria.

En el año '67 yo trabajaba como fotógrafa para una revista. Intentaba mostrar con mis fotos la injusticia de la pobreza, pero a través de un amigo llegué a querer combatirla uniéndome al grupo inicial de lo que se llamaría Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). La organización era de origen marxista y planeaba unirse a las huestes del Che que luchaban en Bolivia. Recuerdo siempre las palabras de un compañero de trabajo que, frente a la muerte del Che, me dijo: "Muerto el perro, se acabó la rabia". ¡Qué gran contradicción! Para nosotros, la lucha comenzó en esa etapa.

El 31 de julio de 1970 las FAR asumen públicamente su nombre en el operativo de la toma del pueblo de Garín.

Hasta ese momento mi formación era, más que práctica militar, resistencia física. Caminábamos muchos kilómetros los fines de semana porque nos entrenábamos para la lucha rural. Más tarde comprendimos que los núcleos revolucionarios estaban en las grandes ciudades, junto a la clase obrera, potencialmente combativa y con una historia de lucha muy importante.

Paulatinamente fuimos acercándonos al peronismo y definiéndonos como tales. Finalmente resolvimos asumir plenamente la lucha urbana en todos los terrenos.

Bertolt Brecht, que yo leí en ese año '67 cuando empecé a militar, fue otro elemento importante en la decisión de mi militancia. Yo me inspiré en dos parábolas que siguen vigentes para mí: "La cólera provocada por la injusticia" y "Sobre la ascensión a las altas montañas".

En la primera dice: "tener furor contra la injusticia es algo más que la simple condenación de la injusticia", y es lo que a mí me hizo cambiar. Porque no sirve condenar, hay que tener furor, tiene que ser algo que te mueva.

La otra parábola es muy hermosa. Habla de un hombre que quiere subir una montaña altísima, y después de haber atravesado dificultades enormes ha podido llegar muy alto, retrocediendo y buscando nuevos senderos. Esto le hace perder mucho tiempo y no sabe si este camino que ha tomado le va a permitir llegar a la cima. Mientras continúa su lucha

esperanzado, los que están abajo sienten una alegría maligna al señalarlo con el dedo y decir: "Miren, no va a llegar...". Por suerte él no puede oírlos porque le daría náusea, y con náusea uno no puede tener la cabeza calma y los pies seguros en esas alturas... Esto quiere decir que yo, entre estar abajo y mirar cómo los otros subían, preferí subir la montaña.

LA MILITANCIA

Yo haría dos divisiones en mi práctica. Una que va del '67 al '73 y otra que va del '73 al '76, cuando fui secuestrada.

La primera etapa, a grandes, muy grandes rasgos, es la que yo llamaría la "revolución romántica". En ese momento hay pérdidas de compañeros, hay tortura, hay secuestros, pero hay también la claridad en el objetivo que fue: Perón vuelve. Y se logró. Era una época de intensa actividad militante. La vida con los "cumpas" era plena y para mí eran hermanos de sangre.

Mi práctica era muy profunda, pero no meditada. Yo podía, yo hacía... vivía de esa manera, sin reflexionar.

Ahora pienso que eso no era positivo porque si bien mi dedicación y mi entrega eran totales, mi aporte a la construcción teórica era prácticamente nulo. No hacía críticas y consideraba que todo lo que se decía y todo lo que se escribía era correcto. Y lo asumía plenamente. Así fue desde que entré a la organización y corté con todo: familia, Universidad, amigos...

Las relaciones con los compañeros eran el marco de la lucha. No hubiéramos podido concebir una pareja fuera de la militancia. Con respecto a los hijos era aun más conflictivo. Yo formaba parte de ese grupo de gente que pensaba que no había que tenerlos, aunque el pueblo tenía hijos y hubo compañeros que en esa primera etapa también los tuvieron.

Un día mi compañero analizó mi plan semanal de trabajo. Desde las 07:00 hasta las 24:00 todo era hacer cosas, y en ese plan nunca había lugar ni para la reflexión, ni para él. Es para pensar, esto... De cualquier manera, había un conflicto entre hijos y militancia, porque los hijos estaban en el terreno de la lucha misma. Este fue un tema que quedó muy atravesado, al menos en mí...

En la segunda etapa, que va del '73 al '76, hay otros elementos que entraron en juego: la vuelta de Perón; la confrontación con él; la lucha entre la derecha y la izquierda del peronismo, que fue sangrienta; el retroceso acelerado después de la muerte del Viejo; la ascensión del sector más reaccionario del peronismo, que asume el poder para destruir y sienta las bases para la dictadura militar. A partir de ahí fue el derrumbe y la destrucción que me tocó vivir en carne propia.

LA CÁRCEL - LA TORTURA - LA DECISIÓN DEL EXILIO

Una cosa que yo hice bastante correcta, a mi modo de ver, es que cuando decidí tener un hijo también decidí parar para dedicarle a mi hijo un tiempo que fue muy profundo, muy necesario para el desarrollo de su personalidad y de la mía. A principios del '76 nos trasladan a Córdoba y durante muchos meses yo me quedo como madre. Desgraciadamente duró muy poco. En Córdoba la situación era terrible. Al poco tiempo se declara el golpe de Estado y la represión es muy violenta. Nosotros éramos un grupo que estaba en retirada, que trataba de recomponerse momento a momento. Por donde nos tocaban nos destruían. Llegamos a Córdoba en febrero, el golpe de Estado fue el 24 de marzo. La situación de violencia y terror que había en Córdoba era indescriptible. Todo el mundo conocía a alguien que había sido secuestrado.

Durante los cinco primeros meses me ocupé de mi hijo y después intenté hacer una militancia de "medio tiempo" para tratar de conservar ese rol de madre. La vida de familia, en esa situación tan difícil, era muy profunda porque el único lugar seguro era la casa de uno. De cualquier manera, cuando llegué a Córdoba me dijeron "todo es cuestión de tiempo", y el compañero "responsable" dijo: "Te damos seis meses de vida útil". No se equivocó. Llegué en febrero, caí en septiembre.

Yo nunca pensé que me iban a agarrar. Es un tema que uno trata de no hacer consciente. Y no se puede hacer otra cosa porque no se puede vivir pensando que a uno lo van a matar o lo van a secuestrar. Recuerdo que por primera vez en mi vida tenía una casa muy linda, con un patio muy grande. La casa era vieja, tipo "chorizo", con las piezas una detrás de la otra. El primero que llegaba encendía las estufas. El clima era acogedor, cálido. Empecé a mirar cómo crecían los brotes de las plantas. Teníamos un perro, un gato, y nos amábamos a pesar de la retirada. Era maravilloso. Quizás eso posibilitó el ser fuerte frente a la tortura.

A mí me secuestró en la calle el comando Libertadores de América, del Tercer Cuerpo de Ejército. Era de cajón que me iba a pasar eso porque no quisimos dejar la organización, aun sabiendo que para los que se quedaban era la muerte o el secuestro. Muy pocos se salvaron. La gran mayoría terminó en La Perla.

Caí el 25 de septiembre de 1976. Me liberaron el 28 de diciembre de 1978. Para mí el campo de concentración fue una explosión en mi cerebro. Yo, *todavía*, estoy juntando los pedazos, tratando de recomponer todo lo que sucedió.

*Aquí hubo un largo silencio y pensé por un momento que terminaba
i~~ óy^ o,, Unhín nup.dado callada.*

Cuando siguió, la voz tenía una entonación extraña. Recuerdo que experimenté una tensión insoportable a medida que escuchaba las palabras lentas y cortadas por pausas.

A mí me torturaron cinco hombres. Yo... nunca más volví a ser la misma. No quiero tocar ese tema ahora... Voy a tocarlo después. No hay palabras para poder explicar lo que es un campo de concentración. La tortura es un juego donde se establece claramente quién gana y quién pierde. Yo gané: no les di la información que querían, no revelé la dirección de mi casa. Pero ellos me ganaron en algo. Ese es un tema que estoy tratando ahora de vencer, es mi condición femenina. Cuando me secuestraron mi hijo tenía diez meses. Hacía poco que había dejado de amamantar. Tenía los pechos pesados y medio caídos. Más que la tortura en sí, que es física, el problema es cuando a uno lo violentan. Me dejaron desnuda en una pieza, con la cara tapada. En el medio había unas, no sé, diez, doce personas, que hablaban, cuchicheaban. Fue muy denigrante no poder verles la cara. No poder evitar su mirada. Mientras me torturaban decían: "No te afeitaste los pelos...". Es cierto, no estaba depilada, y me dolió más eso, que me tocaran en mi dignidad femenina, que la tortura en sí, que fue durísima. Todavía conservo las marcas, quemaduras de tercer grado. Pero fue mucho más doloroso que me denigraran como mujer.

A pesar de todo, creo que tuve mucha suerte dentro del campo. No sólo porque pude sobrevivir sin demasiadas cosas en mi conciencia, sino porque mis compañeros me ayudaron muchísimo.

Cuando salí del campo a fines del '78 quedé en una especie de libertad vigilada en Córdoba. Viví en Cosquín durante casi un año. Estaba muy destruida. Iba de lunes a viernes a La Perla y los fines de semana iba a mi casa. Lo único que podía hacer era mirar las montañas. No podía hacer otra cosa.

Con mi hijo fue difícil porque al principio tenía miedo de mí. El tenía diez meses cuando me secuestraron. Diez días después mi compañero lo llevó con mis padres. Me contaron que lloraba muchísimo. En el momento que se ponía de pie y empezaba a caminar perdió los padres, porque yo estaba desaparecida y a su papá lo mataron al poco tiempo. Cuando salí de La Perla él tenía dos años. Nos reconocimos, aunque yo había dejado un bebé y me encontré con un niño que hablaba y caminaba. Estaba muy nerviosa en ese primer encuentro. Recuerdo la mirada de mi hijo reconociéndome. Pero no quería acercarse a mí. El sufrió mucho y para restablecer nuestro vínculo fueron años de terapia y charlas, por cosas que quedaron en su inconsciente. Hoy es un joven completamente normal y el psicólogo opina que fueron decisivos esos primeros diez meses juntos y el amamantamiento.

Un día decidí exiliarme. Lo hice porque tenía miedo de que los militares me obligaran a reconocer compañeros, cosa que yo estaba decidida a

no hacer. Así que sin decir nada, un día de febrero de 1980 nos fuimos al Brasil, de ahí a España donde nos quedamos muy poco, para llegar finalmente a Ginebra. Ahí vivía una persona que yo conocía, pedí el refugio político, me lo otorgaron y me quedé.

No sé si mido exactamente mis palabras, pero a veces pienso que el exilio ha sido tan difícil como el campo. Porque si bien allí era el destino incierto, la muerte, o la tortura, estábamos todos juntos y sentía una protección que perdí cuando llegué a Suiza.

EL EXILIO

Al principio fue muy duro, me he sentido muy aislada, muy sola, pero aprendí a luchar y a defenderme. Cuando era joven me sentía libre, pero no independiente. Hoy es al revés. Soy mucho menos libre porque tengo el alma con media suela, como dice Serrat, pero soy independiente. No puedo quejarme de mi vida en Suiza. Trabajo con refugiados. Los comprendo, uno se da cuenta enseguida cuando la gente viene de situaciones extremas. Yo pienso que los otros también se dieron cuenta cuando me vieron. Pero el exilio no son rosas. Conozco exiliados que están reducidos a la miseria. No me quejo sin embargo. En la casa hablamos el castellano. Mi hijo aprendió solo a leerlo y escribirlo. Estamos bien. Desde hace tres o cuatro años hago una terapia con una psicoanalista de origen argentino. Tengo con ella un diálogo muy profundo y muy rico. Eso me permite adentrarme en mi personalidad, para enfrentarme a mis conflictos que no son todos del campo, algunos vienen de antes. Yo no critico, ni echo la culpa. Pero para militar como militaba, tenía que tener una concepción muy dura que era no tener hijos. Eso me significó siete abortos. Los siete abortos se quedaron impregnados en mi piel, en mi sangre y en mi estómago. Esos conflictos, junto a otros que son anteriores, más los del campo, hicieron que en el exilio yo llegara al fondo de mi depresión. Una profunda depresión de la cual hoy estoy saliendo.

Yo siempre enfrenté la vida, pero ahora lo hago con más ganas y más alegría. Trabajo en la asociación de inquilinos de mi edificio y me han elegido presidenta. También doy lo mejor de mí en el trabajo de asistente social. Pienso que soy una madre bastante "cool", como dicen los chicos. Todo pasa por mí. Soy cabeza de familia. No he podido hacer una pareja otra vez. Recién ahora estoy digiriendo la pérdida de mi "cumpa". Eran muy lindas sus palabras. Yo me acuerdo que él decía: "El que esté vivo tiene que seguir". Es diferente cuando uno lo tiene que hacer en la práctica. Sobre todo porque cuando yo salí del campo de concentración, mis hermanos, gente que yo amé, con los que yo compartí los mejores años

Sin embargo, uno tiene que elegir dónde pone el objetivo. Si lo pone en el pasado o si lo pone en el futuro. Yo creo que no hay que olvidar el pasado, pero el objetivo está adelante. Lucho por la adaptación, porque no me gusta ser marginal. Pero aunque lucho para vencer el desarraigo, es costoso y lo vivo con altos y bajos.

LAS HUELLAS DE LA TORTURA

Fue en el '76. Ya pasaron quince años (*este testimonio es de 1991*), y la gran cuestión para los sobrevivientes es: ¿cómo hacer para que el pasado sea definitivamente pasado sin sacarlo de la conciencia?

Durante mucho tiempo no pude decir que había intentado suicidarme tomando agua podrida. El solo hecho de pensarlo me daba una náusea tan profunda que el problema era cómo hacer para no vomitar. Hoy estoy mejor preparada frente a ese hecho. Tampoco he perdido capacidad sexual. El problema es en otros terrenos que, te vuelvo a decir, no lo tengo para nada desculado y no puedo, ni quiero, tener relaciones sexuales por el momento. Yo sé que no está bien. Es una parte mía que está muy destruida la que está relacionada con la dignidad. Esa vejación... el llegar hasta el fondo, es... morir... es morir. La tortura no es solamente física. Es psíquica. Barreiro, nuestro jefe en el campo, decía que no le importaba dejarnos con vida, lo que le importaba era no dejarnos pensar. También decía: "No importa que no estén muertos, después van a tener que vivir la vida de todos los días y eso es lo más difícil". Hizo bien "su trabajo".

Cuando no tenes más nada, la desesperanza te pone al borde del suicidio psíquico. La desesperanza y locura de un campo quedan impregnadas en las células. Son esas huellas las que me han limitado en mi capacidad amorosa. El vapuleo, el manoseo, hizo que reprimiera conductas y gestos que recién ahora estoy tratando de recuperar. A eso hay que agregar que a mí me quedó muy vivo lo de mi cumpa, y no me resigno a sacármelo completamente de la cabeza. Hay otros sobrevivientes que han podido tener nuevas parejas o recuperar las viejas. Lo que tampoco ha sido nada simple.

Por eso, cuando me preguntas en qué nos ganaron y en qué les ganamos, sé que en mi caso les gané porque no les di la información y no me pasé. No pudieron hacerme pensar que su ideología es mejor que la mía, que nosotros éramos los demonios y ellos los salvadores de la patria. Pero nada es gratuito. Ellos también ganaron. Mi estómago ha quedado con un gran asco de toda esa etapa, como si dentro de mí hubiera unas células malignas que todavía debo extirpar. La parte más importante de mi vida incluye nueve años de militancia, el campo de concentración, el exilio, la vida en Ginebra. Mi juventud pasó dentro de la organización, y es muy

difícil volver a vivir cuando todo lo que amaste ya no existe. Algunas cosas tengo hechas. El problema son los cinco minutos de desesperanza y cuando digo: "Me ganaron". Son esos cinco minutos.

EL TESTIMONIO Y LA MEMORIA

Todo lo que hemos vivido en los campos de concentración ya lo hemos testimoniado. Nombres de militares, grados... Hemos dicho todo lo que sabíamos de los compañeros que pasaron por La Perla. Cuando llegó Alfonsín al gobierno en 1983, la campaña fue dirigida a la Argentina y participamos en todo lo que fue la CONADEP y el juzgamiento a los militares.

No ha sido fácil. Cuando los sobrevivientes de los campos empezaron a hablar, aceptar que los hijos estuvieran muertos, más que difícil, era imposible. Se produjo entonces un torbellino de rechazo. Fuimos señalados, dejados de lado, tratados de traidores y fantasmas. No hubo solidaridad para nosotros. Nuestras listas no fueron tocadas, nuestros testimonios quedaron en el fondo de un cajón.

Creo que la gente tenía miedo. Eramos la conciencia de aquello que se quedó en el país luchando, que por eso le tocó el campo de concentración, y miedo también por el proyecto destruido.

En ese caos de sospechas, se hablaba de un plan militar. Mi actitud fue ir a una reunión que hubo en el año '80. Dije: "Aquí estoy, yo soy tal, vivo en tal lado. Yo no creo que con nosotros en La Perla haya habido un plan mágico. Nos escapamos. Tal vez el plan haya existido y quizá yo no lo conozca. Por eso, el que quiera hablar del tema, que venga". Salvo unos pocos que me apoyaron, nadie apareció. Por supuesto, al salvarnos fuimos unos privilegiados, pero no denunciábamos a nadie. Si así hubiera sido, ¿para qué íbamos a testimoniar? Nos hubiéramos quedado en casa cuidando a nuestros hijos. ¿Qué se puede hacer con una persona que sigue pensando que yo estoy viva porque negocié la vida de mi compañero? En realidad, esa gente me da pena porque nunca han tenido valentía más que para defender sus propiedades. Allá ellos. Entonces me quedé muy sola y preferí seguir por mi cuenta. Junto con otros cuatro sobrevivientes, apoyados por organismos suizos, nos metimos en una campaña para buscar a esos familiares que habían quedado en la Argentina y quizá necesitaban algo de nosotros. Así seguimos luchando desde hace once años.

Lo más sano de este grupo es que cada uno vive su vida. Hubiéramos podido quedarnos juntos y seguir hablando del tema hasta el infinito. Cada uno tiene sus propios amigos, amores y broncas. Nos vemos de vez en cuando, porque hay que seguir viviendo una vida normal, aunque es difícil.

De todas maneras, lo importante es sentir que uno hace algo por los otros. En marzo pasado estuvimos en Roma junto con Piero Di Monte

para testimoniar por los italianos desaparecidos en la Argentina. En esta lucha que llevamos adelante por la memoria, yo me daría por satisfecha si cada nombre de desaparecido fuera el nombre de una unidad básica donde la gente se organizara por sus derechos. Me daría una gran alegría, tanta como la que siento cuando recuerdo a mis compañeros. Los siento vivos. Vivos en mí. Y me hace bien que alguien se interese, que no los olviden.

EL ROL DE LA MUJER EN LAS ORGANIZACIONES

Al principio, en la época rural, nosotros todos los domingos nos entrenábamos caminando muchos kilómetros. Todos los domingos, durante años. Pero no estaba decidido que la mujer participara en la lucha rural. Posiblemente iba a hacer una tarea de enlace. En esa época nuestro primer jefe escribió un artículo que se llamaba "Los hombres del Che". pintonees hicimos una de nuestras primeras críticas, que circuló como un chiste: "¿Y las mujeres qué?", preguntamos.

Yo hacía todo lo que hacían los hombres, y si en una práctica alguna compañera no podía con los ejercicios "masculinos", me ponía del lado de ellos. Aunque en ese momento no me diera cuenta, era un concepto machista, surgido tal vez de la adoración que sentía por compañeros como Petrus, Iñaqui... No me sentía como un hombre, me gustaban los hombres. Digamos que uno o dos me gustaban como mujer y al resto los quería como hermanos de sangre.

Dentro de nuestra organización, que era cerrada y militarista, lo que definía el mando era el coraje y la decisión de llevar adelante muchas tareas. Había muchas mujeres que tenían ese rol. Yo creo que la mujer debe estar al lado del hombre, como las que lucharon al lado de nuestros patriotas en el siglo pasado. Esto se dio plenamente con mi "cumpa", que era un tipo adorable. Le hice un poema que decía que era sencillo, noble y de buena madera. Como él conocí muchos otros que no eran machistas. Sin embargo, el machismo existe en todas las sociedades y nuestra organización no fue una excepción. Mi compañero era un tipo que podía jugar con todos los niños. En una fiesta los bañó a todos. El encendía las estufas, ponía música. Arriba de nuestra cama había una estantería con flores que siempre me traía. Era muy lindo y no estoy idealizando.

El máximo de amor que le pude dar es ser torturada en forma muy salvaje y no darles la dirección donde estaba. No lo pudieron agarrar por mí. Cuando uno puede decir "que me hagan mierda pero no van a sacar nada...". Eso les dije a los milicos: La familia no se entrega. No la entregué.

De todos modos, el punto máximo de conflicto para la condición fe-

menina creo que es el tema de los hijos. Eso estuvo atravesado y va seguir así. Al menos en mi caso. La entrega era total y no había lugar seguro para ellos, porque tenes que andar armada y tener armas en tu casa. Si había un operativo, las posibilidades de salvarse eran muy limitadas y no había solución. Si los tenías, vivías con una puntada en el corazón. Yo al principio los aborté, pero cuando decidí aceptar el embarazo, de militante *full time* pasé a ser mamá *full time* en sus primeros meses. Uno cambia cuando tiene un hijo, al darle la vida pasas a temer por su vida futura. No hubo una respuesta única para este dilema y tampoco la hubo desde la organización. No se puede tener un hijo y dejarlo con los abuelos. Los hijos son frágiles, te necesitan, no sabes qué hacer, porque también sabíamos que, de caer, mujeres embarazadas o niños eran el punto del chantaje: "Si no hablas...". Yo, honestamente, no sé qué hubiera hecho en ese momento. Sé de un compañero que no habló, aunque torturaron a su hijo, otro creo que mató a toda la familia, no sé, no puedo juzgar, creo que no habría sido capaz...

Tampoco terminó el tema con el fin de la guerrilla, porque todos los chicos que se han criado sin padre, madre, o ambos, están cortados, les falta algo. Han sufrido las consecuencias de la represión, del exilio y relacionan a la Argentina con la violencia. Así arribamos a un resultado doloroso: no se sienten argentinos.

En aquellos años también nos preocupaba pensar si nuestros hijos seguirían el mismo camino. He visto chicos muy jovencitos hacer la revolución. No me parece bien. La guerra es para los grandes. Hubo adolescentes que empezaron la lucha sin haber vivido, y luego murieron en los campos de concentración sin haber sabido lo que era el amor. Es terrible.

AQUELLOS SUEÑOS Y LA ACTUAL REALIDAD ARGENTINA

Aquellos sueños... muchos se destruyeron, se rompieron, porque quizás eran idealizados...

La idea del "hombre nuevo", por ejemplo, es un concepto muy lindo. Yo no sé si existe ese tipo de hombre... Sí sé que existe gente capaz de dar su vida por los otros. He tenido compañeros así. Tal vez no eran "hombres nuevos", en todo caso era gente que estaba en la construcción de algo diferente. Algo que sigue siendo correcto, con métodos que pueden no ser los mismos. Haber perdido esa batalla fue terrible porque se perdió una generación que era la mejor. No lo digo con un sentido elitista, hablo de su entrega desinteresada a un proyecto que superaba largamente sus fuerzas.

A una compañera del campo, los militares le preguntaron si volvería a hacer lo mismo en caso de nacer nuevamente. Ella, sin vacilar, contestó

que sí, sabiendo que esa respuesta podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Si hoy me preguntaran a mí, diría lo mismo. Es lo primero que me sale. Es como el amor, se piensa después. Pero si reflexiono, hay cosas que no las volvería a hacer.

Pienso que había una extrema juventud en nuestra historia. A comienzos de los años '60, el método era la guerrilla. Nosotros creíamos que así se podía sembrar la semilla para una verdadera revolución. Después pasaron muchas cosas en el mundo. Tal vez hubo muchos errores que llevaron a la derrota, pero algo muy importante es que la gente está harta de destrucción. Yo siempre le tuve miedo a la violencia. Aunque siempre pude distinguir una violencia justa de una injusta. Hay violencias necesarias porque el imperialismo jamás va a regalar lo que tiene, Pero habrá que ir con las masas. En caso contrario, es imposible. Ya se ha visto en tantas oportunidades... Además, entre el '60, cuando se inició la guerrilla, y el '90, pasaron treinta años... El tiempo histórico ha cambiado.

Por otro lado, le tengo miedo a la violencia ciega. Ese terrorismo que pone una bomba en una estación de tren, o que puede matar a un policía porque pertenece a ese bando. No me gusta, no creo que sea correcta, y en última instancia no conduce a nada. Evidentemente, la liberación no pasa por ahí. Esos conflictos, que siempre tuve en mis épocas de militancia, me dejaron con una espina en el corazón. Pensar que nosotros estuvimos encerrados en el lugar reservado para los tipos más peligrosos del país, aunque amábamos profundamente la vida y perseguíamos un sueño que muchos, antes que nosotros, también persiguieron...

"...Desgraciadamente nosotros/ que queríamos preparar el camino para la amabilidad,/ no pudimos ser amables,/ pero vosotros, cuando llegan,/ los tiempos en que el hombre,/ sea amigo del hombre,/ pensad en nosotros con indulgencia."

El fragmento pertenece a *Los hombres futuros* de Bertolt Brecht y me parece la mejor definición de lo que nos pasó en ese intento de cambio.

Con respecto a la realidad argentina de hoy, no puedo hablar porque no vivo en el país. Me entero de algunas cosas que pasan. De todos modos cada vez que he viajado me he sentido muy triste al ver la pobreza, la suciedad, el deterioro general. Me parece que las condiciones por las cuales nosotros empezamos a luchar están intactas. Lo que nos movió a nosotros sigue estando. Sólo hay que saberlo ver. Incluso creo que está peor que antes, eso lo dicen las estadísticas que hablan de miles de personas que están por debajo del umbral de la pobreza.

Parece afortunadamente que la gente no quiere más a los militares...

Hay también el problema de lo que pasó con el socialismo en la Unión Soviética... Todo eso hay que analizarlo.

Estoy tomando mate como habitualmente lo hago. Tu carta plantea que "Tu recuerdo sin embargo aparece en líneas generales muy puro en el sentido de tonalidad. ¿No es acaso normal que la acción va permanentemente acompañada de una discusión interior mayor o menor, según los casos? A mí me sorprende que vos pareces no haber tenido una duda, un conflicto..."

Yo he sido siempre una militante de negros y blancos. Yo no lo cuestionaba. Viéndolo desde ahora, me doy cuenta que era muy dura, muy rígida, muy como nosotros le decíamos, saludo uno, saludo dos. Y hasta el fondo. Haciendo un poco de humor negro, dije una vez que a mí me liaría falta el campo de concentración para poder entender que existían los grises. Hay un libro muy interesante, muy terrible, de un tipo que se hizo llamar Fritz Zorn, que murió a los 33 años de un cáncer en la garganta. El libro en francés se llama "*Mars*". Su nombre verdadero es Angst, que quiere decir miedo en alemán, y él lo cambió por el seudónimo Zorn, cólera. Dice que tiene un cáncer porque son las lágrimas que nunca pudo llorar. El da una definición que la tomo como mía. "Mi vida es el infierno, yo lo sé. Y veo ese hecho sin hacer ninguna maniobra de camuflaje. (Yo estoy ahora en el campo de concentración y mi parte de herencia está natándome con gas..." "...Pero yo puedo elegir si, mientras me asfixian, gritaré 'Heil Hitler' o 'asesinos'." "...Me demolieron, me destruyeron, me castraron, me violentaron, me envenenaron y me mataron pero es ahí, en esta libertad individual que es la mía, que yo me distingo de la cabeza de un ganado. Es ahí donde yo llego a tener una cierta dignidad humana." (Yo quedé como él: envilecida, castrada, destruida* demolida, violentada, envenenada y muerta, pero estoy... Necesité llegar al fondo para poder dar ese golpe con mis piernas y salir a encontrar ese margen de libertad por encima de todas las miserias. Yo sé que la acción va acompañada de una discusión interior. Ahora, creo que es muy adolescente ese sentimiento de que todo se puede...

Yo comienzo a militar por una contradicción. Tal cual yo lo conozco a este mundo burgués, no me satisface. No hay una comprensión que pasa por la cabeza sino que pasa por el estómago y es la que me convence y me da tiro a la pileta. Una persona me dijo una vez que me recordaba cuando yo era un gran caballo. Y yo era así. Era un gran caballo. No miraba para atrás, ni para adelante, nada. Iba y hacía. No me preocupaba si eso que se hacía era necesario o no era necesario. Iba y lo hacía. Porque respetaba a mis responsables y aceptaba sus órdenes. Nunca tuve necesidad de matar, y hoy te digo que no sería capaz. Aborté muchas veces, siete veces, porque jamás hubiera tenido un hijo antes que se diera la posibili-

dad en la organización, que fue después del '73. Fijáte la contradicción, tampoco me cuidaba... Toda esa parte tan negada en mí. Esa parte de decir, bueno, no importa, si es necesario abortar, voy y aborto. Pero eso que arrancas de tu seno, que lo castras, llega un momento en que hace crisis, que sale. Eso es lo que pasó conmigo. Cuando empezó la ola de muertos reales, a veces muy próximos, más los siete abortos, empecé a quedarme sin habla. Ya embarazada, en el '75, durante una evaluación me puse a llorar y pedí un psicólogo. Pero era tanta la angustia, que no podía explicar... Más tarde, ya en Suiza y recién después de dos terapias me di cuenta que necesitaba reencontrarme con mi dignidad. Entonces/sí, estoy de acuerdo, la acción va acompañada de una discusión interior, pero ahora, a mis 48 años, estoy empezando a hacer esa comprensión.

Es muy difícil explicar los sentimientos que se experimentan durante la reconstrucción de una vida... Hay unos versos de León Felipe que lo definen bien:

"Ahora estoy aquí solo,/ en este pueblo de Avila,/ escondido,/ pensando que no está aquí,/ mi sitio,/ que no está aquí tampoco,/ mi albergue definitivo".

Yo también tengo el corazón muy solo, no sé si éste será mi albergue definitivo, pero estoy viva y voy a seguir luchando, en un plano de apertura y de reencuentro. Me sostengo en mi hijo y la imagen de mi compañero, que era, como te dije, un tipo extraordinario. En las fiestas podía bañar a todos los bebés, sabía cocinar, encendía las estufas, ponía una música hermosa...